



Si yo fuera un ave

Tadeo de Jesús Arredondo Vidales

¿Qué cantarán las aves
que forman parvadas entre campos
de cemento y metal?
Esos pajaritos que vuelan simultáneos
sobre ríos de angustia constante.

¿Tendrán incertidumbre
de la tierra que les dibujan
en sus cuentos de dormir?
¿Pesarán más sus alas
que dejaron de ser blancas
y que ahora guardan polvo
y colillas de cigarro?

Si yo fuera un ave, tendría miedo;
miedo de estrellarme en barreras invisibles
mientras vuelo en busca de la flor que me quitaron.
Miedo de caer del nido y llegar al suelo
donde ya no me asustan los perros ni los gatos
sino otros animalejos
de dos patas y ladrillos por manos.

Me imaginaría la vida
cuando el aire pesaba menos.
Aquellos tiempos donde el piso llenaba de lodo
cuando bajaba a desovar.
Donde tiritaban los cuerpos desnudos
carentes de pudor
cubiertos sólo por los tiernos brazos
de la enredadera.

Me encontraría en renuente apelación
de vivir en sierras de losa colada
donde hay ruido suficiente
para revivir al muerto del cerro
o despertar a la mujer dormida.

Me preguntaría qué hubiera pasado
si el fruto prohibido hubiera sido el maíz
y Adán y Eva tuvieran la piel morena
y los ojos rasgados.

Pero la fruta fue la manzana
y Adán y Eva caucásicos.
Ahora hablamos todos español,
o inglés, o francés,
o algún otro idioma que de nativo no tiene nada
mucho menos de oficial.
Esperamos firmemente
que los abuelos no nos dejen solos
pues con cada uno de ellos
parte nuestra identidad.

Si yo fuera un ave en este país
volaría lo más alto que pueda
antes de que me corten las alas.

Pero no soy ave,
mucho menos Adán o Eva;
a decir verdad, ni siquiera soy oriundo
ninguno lo somos.

Y morirán los abuelos,
y moriremos nosotros,
y sólo quedará entre los campos
un triste soneto huasteco.